

EN TORNO Y RECUERDO DE AZORIN

(Comentarios a unas cartas)

El día 4 de marzo de 1967, al día siguiente del entierro de Azorín en la Sacramental de San Isidro, publiqué en *ABC*, con el título de «Azorín enfermo», un artículo en el que condensé, con la urgencia que las circunstancias requerían, el cúmulo de sensaciones que atropelladamente sacudían mi espíritu ante su muerte. Allí cité, por ejemplo, lo ocurrido con unos documentos manuscritos e inéditos de Antonio Machado que me regaló, rogándome no los publicase mientras él viviera, porque en ellos no se hablaba bien de Francia, y Azorín, como comendador de la Legión de Honor, no quería que de sus archivos privados pudiera salir a la luz pública nada que pudiera ser ofensivo para un país al que tenía gratitud y cariño. Comenté la reacción que tuvo al mirar unas fotografías suyas en color que yo le entregué ampliadas, dedicando al matiz rosado de su piel y al azul del cielo de Monóvar palabras que me cautivaron. Hablé también de mis encuentros con él en la Feria del Libro de la calle de Moyano, en las librerías de viejo de la de San Bernarndo y, sobre todo, en la de la familia Berdegú, de Cedaceiros esquina a Arlabán, punto de reunión de la intelectualidad madrileña; de sus comentarios inesperados a libros en los que saciaba su curiosidad, etc.

Hoy, pasados diez años desde su muerte, me parece oportuno terciar de nuevo en el tema azoriniano. Como mi contacto con Azorín fue todo lo profundo que autoriza y exige una actividad médica humanamente realizada, quedaron en mi mente, decantados y como grabados a fuego, recuerdos imborrables de infinitos detalles de su existencia; de esos que a uno le permiten pensar que conoció bien a la persona a quien trató. Porque nada une más a dos seres que el afecto y la gratitud compartidos, sobre todo cuando a estos sentimientos se unen diálogos prolongados y complacientes sobre temas de mutua afición y di-

ferencias de edad que, por un lado, otorgan respeto a la vejez y, por el otro, disculpa generosa para la posible osadía del más joven. La resultante, en esos casos, es el cariño mutuo.

En los diez años transcurridos desde el fallecimiento de Azorín he repasado muchas veces las notas que después de las visitas fui tomando, sentado en el coche en la vecindad de su domicilio. Es lógico que con las prisas por transcribir frases o conceptos se escaparan de la memoria detalles, acaso nimios, que al cabo del tiempo hubieran podido alcanzar mayor interés. Pero no se podía evitar. Ese repaso condicionó que en diferentes ocasiones haya empezado a escribir estas líneas y que, otras tantas, quedaran interrumpidas. Hoy me he lanzado a escribir definitivamente estas cuartillas sobre algunas de las cartas que tengo de Azorín y los motivos que las ocasionaron, así como sobre las derivaciones que tuvieron. Pienso que algún matiz aislado de este trabajo pueda aportar cierta luz, por mortecina que sea, para un conocimiento de Azorín algo más completo.

Durante los últimos quince años de su vida, Azorín, espectador sereno del mundo que le rodeaba y espectador de sí mismo, mantuvo enhiesta la curiosidad por todo. Esta había sido una de sus específicas cualidades humanas, periodísticas y literarias. Por eso no puede aceptarse a ciegas y sin reservas la frase que más de una vez le fue atribuida (que, indiscutiblemente, se base en palabras por él escritas) de que la vejez consistía, desde un punto de vista mental, en una falta de curiosidad. Con tal frase, Azorín quería dar a entender que en la vejez la curiosidad carece de entusiasmo para la realización humana y de las plurales ansias por conocer.

Se ha dicho ya tanto sobre Azorín que parece pretencioso decir algo nuevo. Pero de su personalidad literaria se han obtenido deducciones ligeras o frívolas sobre su personalidad humana y sobre sus acciones sociales y políticas. Por ello no pienso sea infructuoso sacar a relucir los datos—algunos—de que dispongo.

La personalidad del ser humano es muy compleja; sólo puede llegar a conocerse, y jamás de modo total, a través de concienzudos y sistematizados estudios psiquiátricos o psicoanalíticos. Excede de cualquier molde que pretenda adaptarse a un solo aspecto de la vida, aunque sea nada menos que la profesión de escritor ejercida a lo largo de una vida prolongada. Muchos rasgos de la personalidad, los primarios, se mantienen como un invariable telón de fondo, a partir de la juventud, durante toda la existencia; pero hay muchos otros añadidos por la experiencia vivencial y tantos recovecos íntimos, ocultos u ocultados, que las conclusiones interpretativas globales quedan siempre cortas.

Por esas razones, el estudio de la personalidad de Azorín nunca pudo

ser realizado en su integridad antropobiográfica. Naturalmente no voy a hacerlo yo, que carezco de preparación al respecto y de suficientes conocimientos del Azorín anterior a mi trato profesional y extraprofesional, y que del Azorín escritor no sé más que lo que resulta imperativo en un lector que le admiraba y en un médico que le atendía.

Tocóme, repito, en suerte vivir de cerca y casi metido en su intimidad hogareña y personal los años que precedieron a su muerte, con el objetivo técnico y humano de cuidar su salud. Desde que a petición de su gran médico de cabecera, el doctor don Manuel Izquierdo, y del profesor don Gregorio Marañón cambié con don José Martínez Ruiz las primeras palabras empecé a darme cuenta de que el mundo de Azorín no era solamente el que yo había imaginado a través de la lectura de su obra, sino un elevado número de mundos menores secretos y entrelazados. La primera mirada azul con que saludaban sus ojos, más bien pequeños, terminados en pata de gallo de arrugas finas; la piel, casi transparente, como de rosada cera; la espontánea sonrisa con un cierto matiz de mueca o cuquería; el huesudo y flojo apretón de manos finamente tembloroso, casi desasido, me impresionaban. Para mí fueron gestos de confianza expresados desde el desconuelo de la enfermedad por quien tenía fe, una fe casi religiosa, en los médicos, que la depositaba desde ya en el recién llegado. Había sufrido el día anterior un infarto de miocardio, que el doctor Izquierdo le había tratado correctamente y con el tino pertinente a la ancianidad del enfermo. Pero, a pesar de ello, Azorín seguía teniendo dolores accesionales varias veces en el día y siempre alguno por la noche, cuya localización señalaba primorosamente. Aplicaba sobre el pecho la mano derecha abierta y extendida y puntualizaba las características de su extensión con estas escuetas palabras: «Intenso, desconsolador donde aplico la palma. Se extiende en la dirección que marcan los dedos»; y tras respirar dos o tres veces profundamente, añadió: «El dedo pulgar señala la zona hacia donde se dirige el dolor más angustioso, que me anuda la garganta—ese dedo apuntaba hacia el cuello—; los otros hacia donde el dolor se va amortiguando. El dedo central más largo tira hacia el hombro...» No cabía descripción plástica más precisa—era casi una regla mnemotécnica de semiótica—ni una matización literaria más bella de un dolor anginoso: intenso y desconsolador; angustioso; anudante de la garganta; que se amortigua...

El estilo detallista y puntillista de Azorín se ejemplificaba en aquella insuperable expresión, emanada, qué duda cabe, de una de las facetas dominantes de su técnica descriptiva: la palabra escueta, sugeridora. Azorín era en aquellos instantes una estatua yacente y sonrosada sobre unas sábanas del blancor que tantas veces había dedicado a las

casitas de su Levante y de Castilla. La transparencia de su piel en la enjuta cara, que parecía como pegada al hueso, sin tejidos intermedios; la cabeza destacaba poco de la bien planchada almohada, sólo hundida donde la cabeza reposaba casi inmóvil. Azorín descansaba siempre boca arriba, en quieto decúbito supino, con sólo la faz descubierta; todo el resto del cuerpo, brazos y manos incluidos, tapado por las sábanas. El reposo absoluto que las circunstancias clínicas requerían no le causaba incomodidad por estar habituado a descansar así. Nunca se movía más que lo indispensable, por miedo a coger frío, pues tenía la idea de que al cambiar de posición o al desplazar brazos o piernas el frío podría calarse entre las ropas de la cama. En aquella postura el embozo recortaba su faz como una careta pálida que sobresalía en la alta almohada. Solamente movió el brazo para colocar la mano derecha y explicarme la zona del pecho que le dolía. Semejaba una entre trágica y sardónica transposición de un caballero acostado con la mano en el pecho.

El resto de sus contestaciones fueron, el primer día, casi pura mímica afirmativa, negativa o dubitativa, siempre con un remusguillo sonriente de esperanza que se detectaba al contemplarle.

A las veinticuatro horas de aquella primera visita volvimos a reunirnos Marañón, Izquierdo y yo y le encontramos mejor. Desde entonces le visité con extraordinaria frecuencia, pues incluso cuando ya le habíamos dado de alta del proceso agudo me pedía que fuera a charlar con él. Un día me dijo: «Vega Díaz, ¿por qué no sustituye usted de cuando en cuando su tertulia de mesa de café por un ratito de charla con este viejo, junto a esta modesta camilla, para que hablemos de tantas cosas?» Le repliqué que yo no acudía a tertulia alguna, pero que con mucho gusto iría a verle cuantas veces quisiera al margen de la actividad profesional. ¡Me honraba tanto su oferta! Llegó a decirme un poco irónicamente...: «Aunque usted me cobre sus estancias como visitas médicas.» Contestéle que yo nunca le podría cobrar ni un céntimo, que el mejor pago era la amistad de quien era uno de los núcleos de mis admiraciones y que no me volviera a tocar el tema, porque de ello ya no había más que hablar. Su elegancia espiritual fue tanta que nunca más insistió. Yo sí insistí en visitarle.

En la tercera o cuarta visita que le hice le pregunté cómo había pasado la noche última, y con un ligerísimo movimiento afirmativo del cráneo y en voz muy tenue dijo: «Grata. Distensión feliz. Hay poca distancia entre el dolor y la felicidad. La felicidad es el olvido del sufrimiento. Todo es relativo.» Y cuando, después de hablar otras muchas cosas ajenas a su mal, me levanté de la silla para irme, incidió sobre el asunto: «Todo es relativo. El bienestar, el malestar. La ignorancia, la sabiduría. La felicidad, la desgracia. Desgracia es perder la

gracia.» (Todo lo transcrito procede de notas que conservo, tomadas en cuantas visitas le hice.)

Mantuve en el curso de tres años muchas y muy largas conversaciones con él, sentados ambos junto a su mesa camilla casi adosada a la chimenea, sobre la que tenía un retrato de Unamuno enmarcado. Casi a diario cambiaba el libro que tenía entre manos. Durante varios meses se alternaban obras de Marcel Proust. Le gustaba escuchar, aunque el dialogante fuera tan modesto como yo. ¿Qué pensaría en sus más íntimos adentros de lo que los demás decíamos? De cuando en cuando levantaba la mano derecha solamente, con el dedo índice apuntando hacia arriba, como haciendo unas afirmaciones rotundas y hacía comentarios simples, sencillos, que parecían meramente intuitivos si el interlocutor no conociera al personaje; no traducían intuiciones elementales, sino pensamientos fácilmente explicables con las frases que ulteriormente completaban su oración. Recuerdo detalladamente dos conversaciones, de fechas muy separadas en el tiempo. En una de ellas hablamos de Miguel Servet con motivo de un trabajo que yo había publicado y de un libro que estaba preparando y que después renuncié a editar. Decía yo algo referente a la situación de Servet en el tiempo en que vivió, y otra vez, dedo en alto, pronunció estas palabras: «Servet fue un abandonado del Renacimiento. Un banderín de enganche al que no se enganchó nadie. ¿Qué habría pasado si no le hubiera quemado Calvino? ¿Adónde habría llegado?»

Había leído del comienzo al fin el artículo mío que le entregara un día antes, e hizo sobre Servet muchos más comentarios. «Servet escribió de muchos temas, sin ahondar más que en uno: su propia teología. Pero la hoguera le calló.» A continuación insistió: «Servet no tuvo seguidores. En asuntos importantes—el sentimiento religioso, entonces y siempre, es importante para el hombre—el que no tiene seguidores se pierde; el que tiene amigos sigue adelante, triunfe o no. Calvino, en Ginebra, estaba amparado por admiradores. Servet, rodeado de enemigos.»

Me sorprendió su gran conocimiento de Servet. Efectivamente, Servet se salvó donde tuvo amigos, como en Vienne, que le salvaron de la condena inquisitorial; en la Ginebra calvinista, no, porque allí el que tenía amigos era Calvino.

Me llamó la atención el enorme sentido y la gran perspicacia con que Azorín comprendía la vida y la obra de Servet. Solamente quien, como él, sabía tanto y tan alquitaradamente de los clásicos españoles y franceses, podía entender tan sagazmente los tiempos en que Servet vivió.

El día siguiente vi sobre una mesa el libro en que Pompeyo Ge-

ner noveló la vida de Servet, y de los labios de Azorín, sólo muy escasamente entreabiertos, salió esta frase: «Novelar una vida que no se conoce es traicionar al personaje. Lo que Gener hace en este libro es un atentado. Podría hacerse una novela, incluso una obra teatral, sobre Santa Teresa, porque dejó muchos testimonios.» Y terminó diciendo: «El interés que usted me despertó sobre Servet me hizo buscar este libro. Después de verlo lo he tirado a un lado. Me hubiera gustado escribir sobre Servet. Ya es tarde.»

Cuando al hablar con Azorín surgía algún tema de su afición, nunca omitía su experimentado comentario. Aparentemente superficial, pero pleno de sentido, de intención tajante. Cierta día le conté lo que a mí me había sucedido con don Miguel de Unamuno, que he relatado en otro lugar, y riendo lo disculpó con afecto: «Unamuno era un hombre excepcional. Sus actos tenían que serlo. Era insobornable.» Otra vez le hice inconscientemente una pregunta intolerable, de esas que sólo pueden hacerse con una inconcebible frivolidad. «Don José—le dije—, a lo largo de los años de lector empedernido, ¿qué novelista le ha producido impresión de más completo?» Y sin dudarle un ápice me respondió en el acto y a secas: «Proust. Lo leo a diario. Aprendo mucho de la vida con Proust.»

* * *

Crucé con Azorín bastante correspondencia; mejor dicho, la recibí de él en proporciones mucho mayores. Es tradicionalmente conocida la brevedad de las cartas de Azorín. En ello se distinguía de la mayoría de los miembros de la generación del noventa y ocho, hecha excepción de Baroja, que fue también conciso en sus misivas. Por lo que le oí decir, Azorín tenía la idea de que la carta era uno de los medios literarios más adecuados para el intimismo y, por esa razón, más peligrosos. Hablándome de Unamuno decía que éste se desbordaba escribiendo, que escribía a borbotones, porque transcribía en las cartas sus ideas, sus pensamientos, sus sueños, todo cuanto le venía a la imaginación en el momento de escribir. Y a pesar de que Unamuno era para Azorín la máxima representación de la intelectualidad hispánica, más de una vez le oí decir: «Pero las cosas se pueden decir en pocas palabras. Es lo que hace el poeta: escribir vocablos con eco.» Redactar cartas, según él, exigía brevedad. «Decir poco, sugerir más.» «Se han escrito cartas góticas, barrocas, clásicas, modernistas. Eso es hacer literatura. En una carta hay que dar el detalle nimio que lo diga todo.» Y así eran sus cartas: breves y cortas. Dos conceptos diferentes, decía, el de breve-

dad y el de limitar la extensión. Exponer en un dato todo lo que se desea dar a entender.

Azorín, como Marañón, era parco en la extensión de su correspondencia privada, pero nunca dejó de contestar una carta que lo mereciera (lo merece toda carta con la que no se haya recibido una ofensa) y nunca dejó de expresar por escrito su gratitud, por insignificante que fuera el motivo para ésta. Lo mismo si el destinatario le era conocido que si le resultaba ignorado. Un día, comentando con él la rapidez con que me puso unas líneas de respuesta a una simple tarjeta postal que desde el París de sus memorias yo le pusiera, me dijo: «Un simple recuerdo, por ínfimo que sea, merece gratitud.» Y París le recordaba muchas cosas. Se enteró cierto día de que en una tertulia de café de Oviedo habían hablado de él bien y mal, y pocos minutos después de enterarse ponía unas líneas a uno de los tertulianos, donde sólo decía: «Mil gracias. Soy de todos. Cordialmente. Azorín.»

Azorín había educado su mente a recordar las lecturas. Era frecuente oírle repetir frases completas de autores que había leído una vez solamente y acaso en su juventud. Y cuantas veces se le pedían aclaraciones al respecto las proporcionaba con creces. Con diligencia, con prisa, como si un deber ineludible le obligara a no retardar la confirmación de aquello que pudiera ponerse en duda. He sido testigo directo y a veces casual de tales actitudes.

* * *

Conservo de Azorín treinta y dos cartas. Casi todas concisas, con texto casi telegráfico y manuscrito. Algunas algo más largas, pero sin exceder jamás de una cara de cuartilla. Sirven para demostrar que seguía manteniendo el espíritu en olor de escepticismo por los años 1963 y 1965, aunque escribiera garabateando.

A continuación voy a comentar un limitado número de ellas, útiles para dejar constancia de las cosas que escribía, con noventa años, a uno de sus médicos. A pesar de la flaqueza de su salud, de su exterior senectud somática, de unos viejos y molestos padecimientos digestivos (que al final le ocuparan), a pesar de la limitación que por encima de sus deseos le imponía la inferioridad física, Azorín siguió siendo el mismo hasta pocas horas antes de su muerte, porque conservaba casi íntegras sus capacidades de inteligencia, de sentido social y de educaciones sentimental y cívica.

Un día del mes de diciembre de 1963 le envié por mi secretaria, que habitaba cerca de donde él residía, los electrocardiogramas que en

aquellas fechas le había practicado; serían las doce y media del día. A las cuatro de la tarde ya obraba en mi poder su primera carta, que reza así:

«Madrid, 3 de diciembre de 1963.

Querido y gran doctor Vega Díaz: muchas gracias por los admirables electrocardiogramas y por su solicitud afectuosa. El dolor ha desaparecido: queda el cúmulo de recuerdos de quien ha vivido tan larga vida. La memoria es el consuelo y el desconsuelo de los viejos. La Naturaleza juega con nosotros, los débiles y los fuertes.

Su admirador y amigo,

AZORÍN.»

Brevemente dice que ya no tiene dolor somático. Pero añade aparte unas palabras en las que parece querer decir que durante las horas del dolor corporal los otros recuerdos hubieran sido borrados por el sufrimiento para reaparecer al quitarse aquél; como si, desaparecido el dolor, los recuerdos vinieran a llenar su nuevo remanso vital. E incluso sugieren que pudiera atribuir su enfermar doloroso a los recuerdos de la vida vivida o a las agresiones de ésta sobre su corazón. Porque Azorín, desde el primer momento de su enfermedad estuvo convencido de que tenía un infarto, y que éste era debido tanto a la vejez como a la sumación de penas y preocupaciones. Y añade esta maravillosa frase sentencial: «La memoria es el consuelo y el desconsuelo de los viejos.»; en cuyas palabras vuelca como pros y contras de la vejez: el consuelo y el desconsuelo del memorizar, hermosa traducción del vivenciar. Y termina la reducida carta con otra frase en la que relativiza todo lo vital: «La naturaleza juega con nosotros, los débiles y los fuertes.» No necesitaba decir más; en las tres oraciones de esa carta está contenido el espíritu azoriniano. Ni una palabra más era necesaria.

* * *

En enero de 1965 me atreví a pedirle una fotografía dedicada. Hasta entonces no la había pretendido porque me parecía indecoroso molestarle con tal osadía. Confieso que, en este sentido, siempre fui un tímido mayúsculo. Nunca pude vencer esta timidez. Valga este ejemplo: en 1933, durante el curso inaugural de la Universidad Internacional de Verano de Santander, creada por don Fernando de los Ríos, en cuyo curso estuve matriculado, dediqué parte de mi tiempo a hacer fotografías de las extraordinarias personalidades intelectuales que honraron el palacio de la Magdalena. Ni uno solo de los profesores invitados se salvó de mi máquina fotográfica o de la de Luis Recaséns Siches, que simultaneó sus condiciones de fotógrafo con su curso de filosofía del

derecho. Pues bien, a ninguno me atreví a pedirle dedicatorias ni siquiera cuando, pasado el tiempo, tuve ocasión de tratar a fondo a algunos de ellos. A don José Ortega y Gasset, un mes antes de su muerte, le mostré en mi consulta las fotografías hechas entonces, y aunque en mi consciencia tenía la seguridad de que no me lo hubiera negado, me faltó valor para pedirle que me dedicara una de ellas.

Eso explica mi tardanza en pedirle a Azorín que me dedicara una fotografía suya. No debo silenciar que también contribuyó a que no se la pidiera el temor a que pudiera interpretar mi solicitud como una confesión de aprovechamiento ante un final catastrófico de su enfermedad. Algo así como si le dijera: «Don José..., dedíqueme usted una fotografía ahora... que todavía está a tiempo...»

El hecho fue que a mediados de enero de 1965, encontrándose Azorín ya fuera de peligro y sin profundo estado de mal, un día le dije que me gustaría tener una fotografía suya con su firma.

En aquella ocasión conversamos, además, de un asunto bastante pueril, aunque socialmente interesante: de qué sería mejor, si ser un gran hombre o un vulgar término medio. El diálogo tuvo lugar hacia las siete de la tarde, poco antes de su habitual hora de encamarse. Nada más salir yo de su casa, sin moverse de la mesa-camilla en que pasaba la mayoría de sus horas, pidió bolígrafo y papel y me puso la carta siguiente:

«Madrid, 17 de enero de 1965.

Querido Dr. Vega Díaz: iré el retrato; la demora no es mía. Y en el entretanto, una pregunta. Si usted, que es Vega, hubiera vivido en el tiempo de las Comunidades de Castilla, ¿por qué Vega se habría decidido, por Garcilaso de la Vega o por su hermano Pedro Laso de la Vega? Hay para pensarlo.

Abrazo cordial.

AZORÍN.»

La conversación anterior le habría estado hurgando. Pero lo extraño, a no ser que lo hablado hubiera influido sobre él, no era que buscara la coincidencia de las Comunidades de Castilla para establecer esa duda, sino que Azorín, que tan bellos capítulos de su obra había dedicado a Garcilaso dijera en pleno estado confusional que antes de decidir entre los extrañamente hermanados, habría que pensar qué sería mejor, si ser gran poeta o rebelde comunero.

¿Significaba esa duda que, en aquellas fechas, Azorín estuviera atravesando una fase de escepticismo y decepción sobre la calidad de los valores humanos de los grandes hombres? ¿Acaso que en los tiempos de las Comunidades viera Azorín matices de distinta autenticidad en

el quehacer de las gentes? ¿Y por qué su pensamiento se fue hacia Garcilaso si de él ni siquiera había sido mencionado el nombre en la conversación vespertina?

Varias veces durante el mes de marzo de 1965 le había yo hablado de un tema que me preocupaba: el por qué en las relaciones entre los hombres y en todas las lenguas antiguas y modernas se había dado al corazón carácter simbólico y con más motivo cuanto más vulgar fuera el habla de las gentes. Azorín me reprodujo mentalmente frases enteras de los clásicos españoles, que yo anoté, confirmando que se maneja el vocablo en cuestión con muy diferentes intenciones. Anoté las frases con cuidado, ante sus ojos, no sólo por la información que me proporcionaba, sino con la intención de comprobarlas después, ya que él mismo me decía la fuente y, en alguna ocasión, hasta la página de la edición a que se refería. Siempre comprobé la veracidad y la exactitud en el recuerdo. Pero el 21 de marzo le hablé una mañana de un capítulo sobre el tema en un libro de María Zambrano, y a media tarde me llegó otra cuartilla, ésta sin membrete, que reproduzco:

«Madrid, 22 marzo 1965.

Querido Dr. Vega Díaz: hay personas que si se les dice—en sentido figurado—que no tienen corazón, se agravan. ¿Y si se les dice—en sentido recto—que tienen malo el corazón? ¿Podemos comparar lo figurado y lo recto? Debo decir equiparar.

Siempre queriéndole,

AZORÍN.

¡Qué letra!»

¿Qué estuvo Azorín rumiando en sus pensamientos para ponerme ese ejemplo? Comparar lo figurado y lo recto es la base del simbolismo. Equipararlo es el fundamento de lo poético, con esas líneas Azorín me permitía descubrir el modo técnico de su creación literaria: el juego con que manejaba lo simbólico en las materias que exponía, dejándolas al lector como sugerencias, y hacía labor poética cuando en su prosa equiparaba lo recto y lo figurado. Al final, y a manera de postdata, escribe lamentándose de los garabatos a que el temblor le obligaba: «¡Qué letra!»

Meses más tarde, en septiembre del mismo año, le mostré y presté un número del *Figaro Litteraire* en que venían unas consideraciones sobre un libro de Jean Rostand. Lo leyó en cuarenta y ocho horas, devolviéndomelo en mano con algunas notas ilegibles puestas a lápiz en las márgenes de algunas hojas. Esto sería a media tarde. Pero al día siguiente me llegaba por correo esta carta:

«Madrid, 22 septiembre 1965.

Querido Dr. Vega-Díaz: muchísimas gracias por su interés.

Le envío lo que he dicho de Jean Rostand en la revista *Feria de Albacete*. También he dicho algo en la Televisión. No sé cuándo lo darán. No deje de la mano el caso de Rostand.

Abrazo cordialísimo,

AZORÍN.»

A Azorín le interesaban mucho las excursiones imaginarias por los vericuetos novedosos de la biología, y más de una vez me dijo que los biólogos acabarían por descubrir el modo fisiológico de alargar la vida en estado óptimo, que era algo muy distinto de lo que solíamos hacer los médicos: prolongar dolorosamente el tránsito a la muerte. Reiterativamente me insistía en que a la vejez, y se refería a la suya, había que dejarla sin agredirla. «*Ustedes, los médicos, lograrán un día retrasar el arribo de la vejez, esta fase en que los hombres sabemos que la enfermedad que nos venga será ya la última.*» Jean Rostand, a su decir, se interesaba mucho por eso.

En diciembre de aquel año 1965 me sometí a una importante intervención quirúrgica en la columna vertebral. Diariamente, mañana y tarde, llamaban en su nombre, primero a mi casa y después al sanatorio, para preguntar cómo estaba; yo mismo desde la clínica hablé varias veces con su esposa y con su cuñada enviéndole mis afectos. Tuvo un día la mala suerte de que, coincidiendo con un minúsculo conflicto familiar, tras el cual me vi abandonado, alguien del sanatorio le dio noticias imprecisas y excesivamente secas. Digo lo de mala suerte porque ese día algún familiar suyo marcó los números en la llamada, pero la pregunta oral fue hecha por él mismo. Por la tarde, dos o tres horas después, me llevaron en mano la carta fecha 15 de enero. Algo debió haber sospechado cuando rogó me la llevaran a la misma habitación y me la entregaran personalmente. Dice:

«Madrid, 15 enero 1966.

Querido Dr. Vega Díaz: me dicen que usted entra en la última fase de su curación. Lo celebro infinito. En el *ex-libris* que usted usa figura una frase de Santa Teresa. Vivió la Santa de 1515 a 1582. Estuvo siempre enferma. El Dr. Izquierdo ha hecho el diagnóstico de su terrible mal. Léalo Ud. y se consolará un poquito. La misma Santa, a veces, hacía sus remedios. Por ejemplo: “unos sahumerios con erbatum y culantro y cáscaras de huevo y un poco de aceite y poquito romero y un poco de alhucema (espliego), estando en la cama” (1576). Comente usted esto con la enfermera, con los colegas que le asisten.

Siempre queriéndole,

AZORÍN.»

El recuerdo de Santa Teresa, una vez más en su vida. Y el consejo del carmelitano remedio, por lo menos para que lo comentara con la enfermera, a la que quería mucho, y «con los colegas que le asisten». El texto de la Santa es exacto. Dos meses más tarde, al comentarle yo la exactitud con que él lo había recordado, me confió que en aquella ocasión lo cogió de las obras de la Santa.

Justamente un mes más tarde, y todavía inmovilizado por el posoperatorio, le envié una hoja de *Le Figaro* en que aparecía otro comentario sobre Jean Rostand en la seguridad de que había de interesarle. Su respuesta, al día siguiente, fue:

«Madrid, 14 febrero de 1966.

Mi querido Dr. Vega-Díaz: muchas gracias por la hoja de *Le Figaro*. Hoy lo más importante del mundo son los descubrimientos de la Biología. Santa Teresa, para atajar las objeciones que pudieran hacerle (Moral Fatio las insinúa) dice con frase que se ha hecho famosa: “Yo no sé lo que son los Asirios”. Somos muchos los que no sabemos lo que son los Asirios. No lo saben tampoco los mismos biólogos. ¿Tendremos que refugiarnos en el agnosticismo de Spencer? Spencer a estas alturas.

Su admirador,

AZORÍN.»

De decir que «lo más importante del mundo son los descubrimientos de la Biología» salta bruscamente a Santa Teresa, mencionando las insinuaciones de Moral Fatio, para decir «somos muchos los que no sabemos lo que son los asirios. No lo saben tampoco los biólogos...». Su carta me hizo buscar en los libros de «Concordancias» de Santa Teresa y por ninguna parte aparecía el vocablo asirios... Llegué a dudar si no se habría equivocado y pedí asesoramiento a las madres carmelitas descalzas de La Aldehueta, rincón para mí muy querido, donde se cocía la santidad de la madre Maravillas de Jesús, representante indiscutible de la verdadera madre teresiana, como escribí en otro lugar. La madre Carmen de la Cruz, cuya competencia era indiscutible, no me lo pudo aclarar, como tampoco lo hizo el padre O. Steggink, gran investigador de la Santa, a quien por entonces consulté. La palabra asirios no aparece en las concordancias del padre Silverio ni en las de Fray Luis de San José. Recurrí al mismo Azorín, quien, después de decirme que al día siguiente aclararía el dato, me escribió:

«Madrid, 19 febrero 1966.

Mi querido Dr. Vega Díaz: en la carta de Santa Teresa a la priora de Sevilla, desde Avila, en 28 de marzo de 1578, se dice: “Bueno es eso de Elías; mas como no soy yo tan letrera como ella, no sé qué son los asirios”.

P. E. N. CLUB.



Quiero Dr. Vega - Dr. az:
acepte este est. papel.
22 agosto 60. Alvarez Azorin

Azorin

Madrid 3 diciembre de 1963

Querido y gran doctor Vega Dr. az:
muchas gracias por los admirables cartos-
gramas, y por su habitual aflicción. El
dolor ha desaparecido; queda el
triste de recordar de que he
vivido tan larga vida. Tu me-
morias son el consuelo y el desconsuelo
de la vida. La naturaleza juega
con nosotros, los débiles y los fuertes.

Tu admirador y amigo,

Azorin

Azorin

Madrid 17 enero 1965

Querido Sr. Vega Díaz: más el
retrato; la demora no es mía. Y
en el entretanto, una pregunta. Si
usted, que es Vega, también vivió
en el tiempo de las Comunidades
de Castilla, ¿por qué Vega se
también decidió, por Grandes
de la Vega o por la hermana Pedro
Lara de la Vega? Hay para pen-
sarlo.

Ahorro cordial.

Azorin

Madrid 22 marzo 1965

Querido Dr. Vega Díaz: Hay personas
que si se les dice - en sentido figurado - que
no tienen corazón, se agravan. ¿Y si se les
dice - en sentido lecto - que no tienen
corazón? ¿Podemos ^{con} comparar lecto,
lecto? Debo decir equivocar.

Un abrazo querido

¡Te lecho!

Azón

Madrid 22 septiembre 1965

Querido Sr. Vega - Dios manda
unos puros por la salud.

Le avisé lo que me dijo de
Jean Restand en la revista Revista
de Alberto. También me dijo
algo en la Televisión. No se
cuando lo dijo. No depende de
mí el caso de Restand.

Atentamente,

Azora

Azores

Madrid 15 enero de 1966.

querido Dr. Vega - Dime me de lo que me
te interesa en la última fase de la guerra. Lo
colaboro informando. En el exilio que está una buena
parte de Santa Teresa. Vivió la Santa de 1515 a 1582.
Este es el primer libro. El Dr. Vega de ha hecho el diagnóstico
de un terrible mal. Le da el mal, se considera un progreso.
La misma Santa, a veces, tiene sus secretos. Un
ejemplo: « unos... sahumerios en oración y cantos
y (circunferencia de los...) un poco de aceite,) y otros
vamos, y un poco de alfileres (cable), citando
en la (América...) (1576). Como un mal que se
aparece, en los colegios que le están.

Un abrazo querido,

Azores.

Azorin

Madrid 14 febrero de 1966

Mi querido Sr. Vega-Dur: muchas gracias por los bojes de Le Figaro. Hoy como siempre tanto del mundo son los desahuciados de la Divinidad. Santa Teresa para atajar los obsequios que perdían necesidad (Moral-Fetiche los mismos) dice con fuerza que se ha hecho la nada: «Yo no sé lo que son los Adivinos». Son muchos los que no saben lo que son los Adivinos. No lo saben tampoco los ministros. ¿También que se juzgan en el agnosticismo de Spinoza? Spinoza es otro asunto.

En admiración,

Azorin

Azorin

Madrid 19 febrero 1966

Mi querido Sr. Vega-Díaz: en
la Acta de Santa Teresa a la pág. de
leuilla, donde Avila, en 28 de marzo de
1578, se dice: «89 uero es esto de Eha; mas
como no soy yo tan buena como ella, no sé
que son las 41 uisitas».

El autor de las Guaridas confiesa que
ha tenido que alterar los textos, ha ampliado algu-
nos de sus albanos.

Su afectuoso

Azorin

Azoria

Madre Sagrada 1966.

Querido y admirado Sr. Vega -
Digo cosas de lee - intando -
a los de la tra Aulo, que
lee, y ya no puedo más,
a los de Paul Groussin sobre los
eventos. Desafortunadamente etc
libro está agotado. Igual que la
lectura en algunas páginas de Vol-
taire. Me encantó, en Aulo,
a bordo del barco 2.º Millier
a una casa de los?

In almeida. Azoria

Azoria

Madrid 28 septiembre de

1966

Mi querido Sr. Vega-Díaz: muchas
gracias por las magníficas setas.
¡Qué tanta luz! ¡Qué tanto color! En
comparación con tanta luz, de hecho a estar
el espectáculo Universitario del mundo
al fin. Ya sabe usted que el fin
no tiene un lenguaje libre, no más.
Incluido

Azoria
Justicia

Azoria

Madrid 7 diciembre 1966

Mi querido Sr. Vega-Díaz: muchas
gracias por la luz. Es maravillo-
so como India que Colón creyó des-
cubrir.

Un abrazo querido

Azoria

Azorín

Madrid 27 diciembre 1966.

Mi querido Dr. Vega Díaz: Sí, hay
que escribir. Yo quisiera escribir
un libro titulado La lejanía de los
maestros. Los maestros, cuanto más
lejanos son más, escuchados; los ausentes
el tiempo. Marco Aurelio nos dice que no
nos extrañemos, de noche, este o televisamos.
¡Oh nos enseñe la paciencia. Toda una
| paciencia | que grande cosa! Y de todo,
el tiempo, inachalmate. Y aun en el
ser de los lugares, de los tiempos.

Un abrazo querido.

Hay que escribir a Azorín
mucho más!

El autor de las concordancias confiesa que ha tenido que alterar los textos; he comprobado algunas de esas alteraciones.

Su admirador,

AZORÍN.»

Los diccionarios dicen que los asirios son los naturales de Asiria o Siria. ¿A cuenta de qué venía que Azorín reprodujera la frase de Santa Teresa, que no debía haberse hecho tan famosa cuando no la citaban en las concordancias (ni siquiera citan esta carta los padres Efrén de la Madre de Dios y Steggink) y que agregara «somos muchos los que no sabemos lo que son los asirios» y lo de «no lo saben tampoco los biólogos»? Además, ¿por qué echó mano de esa frase de la Santa? Solamente porque la tenía a mano? Entonces, ¿por qué citar a Morel Fatio? Pero siguen los interrogantes: ¿qué tienen que ver lo que Azorín llama el agnosticismo de Spencer y lo de «a estas alturas» con la cita de Santa Teresa y con la biología de Jean Rostand? Tengo la impresión de que todo ello pone en evidencia un confusionismo mental en el Azorín senil de sus noventa años, que quería mostrásemse erudito citador y cariñoso paciente.

Mediado estaba el verano de 1966. Se desarrollaba con todo ardor la polémica Américo Castro-Sánchez Albornoz y apareció en Francia un libro casi escandaloso de Dominique Aubier, *Don Quijote, prophète d'Israel*, que logré me enviaran para regalárselo a Azorín; así lo hice, y el 6 de agosto, Azorín me escribía:

«Madrid, 6 agosto de 1966.

Querido y admirado Dr. Vega Díaz: después de leer—saltando—el libro de la Sra. Aubier, hay que leer, para no perder el juicio, el libro de Paul Grousse sobre los cervantistas. Desgraciadamente ese libro está agotado. Suplamos su lectura con algunas páginas de Voltaire. Hemos estado con Aubier al borde del abismo. ¿Nos llevarán a una casa de locos?

Su admirador,

AZORÍN.»

Otra carta interesante. ¿Por qué suplir la lectura de los cervantistas con algunas páginas de Voltaire?; su asombro se aprecia en la frase de colocarnos al borde del abismo y en lo de llevarnos a una casa de locos. Azorín casi no disentía, en general, de la tesis de Américo Castro, pero el libro de D. Aubier le causó hasta daño. La tesis le parecía inconcebiblemente distorsionada y no exageraba en su anuncio de locura pública.

Fui a verle para hablar sobre ese tema, pues no sólo quería conocer personalmente su punto de vista, sino, muy especialmente, darme cuen-

ta de si aquella reacción ante aquel libro estimulante ponía en evidencia una mejoría mental con el tratamiento que estaba haciendo. Lo hice dos o tres días consecutivos, sin poder alcanzar conclusiones favorables.

En otra ocasión le hice fotografías en color; unas junto a su mesacamilla, otras en el balcón, con su esposa, con la enfermera y conmigo; una sentado en la silla con el bombín puesto y las manos apoyadas en el bastón (esta última me la perdieron). Le entusiasmaron y su actitud ante ellas reverdecíó sus descripciones literarias. He aquí la carta que me dirigió al día siguiente de haberlas recibido:

«Madrid, 28 septiembre de 1966.

Mi querido Dr. Vega-Díaz: muchas gracias por los magníficos retratos. ¡Cuánta luz! ¡Cuánto color! En contraste con tanta luz, le envío a usted el expediente universitario del fundador del krausismo. Ya sabe usted que el krausismo tiene un lenguaje lóbrego, recóndito.

Su admirador,

AZORÍN.

Julia.»

La firmaba también su esposa. Eso del lenguaje lóbrego y recóndito de los krausistas, en contraste con la luz excesiva y el color vivo de las fotografías, es digno de señalar. Lo que me regalaba era el folleto impreso con todo el expediente universitario de don Julián Sanz del Río después de su readmisión en la Universidad de Madrid y una copia entera del original a mano, que no sé de dónde procedería. El librito está lleno de anotaciones, en lápiz color rojo, de las que se puede deducir que sus artículos sobre Sanz del Río y el krausismo español tenían firmes datos bibliográficos.

A primeros de diciembre de 1966 le envié un regalo navideño: una bufandita de lana de Cachemira para que se abrigara el cuello los días fríos, que ya estaban cayendo. Llególe por la mañana, y a las cinco de la tarde—lo tengo anotado en el sobre—estaba ya en mi poder esta respuesta:

«Madrid, 7 diciembre de 1966.

Querido Dr. Vega-Díaz: muchísimas gracias por la bufanda. Es maravillosa como la India que Colón creyó descubrir.

Siempre queriéndole,

AZORÍN.»

La salida de Azorín fue curiosa: maravillosa la India que Colón soñara encontrar...

Setenta días antes de su muerte me llegó su carta última. La tarde antes me había yo refugiado en su casa para buscar en Azorín com-

preensión para muchas angustias de mi vida privada y solicitar su consejo. Más de tres horas estuve con él. Empecé haciéndole tangencialmente algunas menciones de mi dolor espiritual, que traslucía la frustración en que desde muchos años yo me veía inmerso y que aplastaba todos mis intentos de trabajar con normalidad y de escribir muchas cosas que proyectara; porque todos mis actos se venían interpretando mal por quienes más razones tenían para conocerme y comprenderme. Mis intentos se estrellaban siempre en un muro de estulticia lleno de espinas hirientes. Confeséle que aquello venía ocurriendo desde hacía más de veinticinco años, pero que ya había llegado al punto del estallido. Cada vez que yo interrumpía mi relato, Azorín intercalaba una orden: «Cuente.» «Siga.» «Desahogue.» Tengo anotado que cuando creí haber terminado me dijo: «Usted es un maestro; aprenda su propia lección.» Y al interrogarle con la mirada, añadió: «Primero tolerar. Después olvidar. Más tarde recordar, ya con experiencia.» Al darme cuenta de que le estaba dejando realmente apenado, quise animarle haciéndole creer que con sus palabras había logrado un triunfo rejuvenecedor (muchas veces le había oído decir que ser viejo era la incapacidad de triunfar y que la vejez se va acercando a medida que el hombre se da cuenta de que los triunfos le escasean). Y hacia las ocho de la noche me fui para mi casa, compungido por no haberle sabido evitar una tristeza. Pero a las nueve y media me llegaba el monumento de carta que a continuación reproduzco:

«Madrid, 27 diciembre 1966.

Mi querido Dr. Vega Díaz: sí, hay que escribir. Yo quisiera escribir un libro titulado *La lejanía de los maestros*. Los maestros cuanto más lejanos son más escuchados; los aureola el tiempo. Marco Aurelio nos dice que no nos extrañemos de nada; esto es tolerancia. Job nos enseña la paciencia. Tolerancia y paciencia, ¡qué grandes cosas! Y en todos los tiempos, inactualmente. Y aun en el seno de los hogares, de las familias.

Siempre queriéndole,

AZORÍN.

Hay que escribir a máquina.»

Azorín todo lo veía ya en la lejanía. Con insistencia me había aconsejado que pusiera unos gemelos del revés ante los ojos de la conciencia. Me lo había repetido dos o tres veces en la conversación de aquella tarde. Y al escribirme me citaba los magisterios de Marco Aurelio y de Job, como normas eternas, inactuales, para vivir sin que los dolores pulvericen el alma.

Su postdata, parecida a la otra carta de 1965, cuando con ironía decía «¡Qué letra!», echa ahora de menos la máquina de escribir. Ese

deseo de escribir que no podía ya realizar se lo había insinuado machaconadamente yo para que no se abandonara en el ostracismo de una senilización que en él era consciente. Le había instado a que escribiera, aunque sólo fuesen una o dos cuartillas o, mejor aún, folios por día. Invariablemente me contestaba que su decisión de no hacerlo más era irrevocable, pues siempre había escrito a máquina y últimamente no atinaba con las letras y las ideas se le iban, según decía, al saltar de una a otra tecla. Y sin máquina no podía hacerlo. No obstante, su carta empezaba diciendo: «Sí, hay que escribir.» Y yo pensé que no se refería a él, sino a mí. Y me quedó la gana de preguntarle quiénes eran los maestros que él veía en lejanía, aunque quizá no fuera difícil suponerlos. Creo que Azorín no hacía alusión a los maestros de la historia de la literatura, sino a las personas que sobre él hubieran ejercido impacto humano y marcado las líneas de su existencial vivir a lo largo de noventa años. ¡Qué interesante habría sido conocer la enumeración concreta y elegida de sus nombres y las razones en que Azorín fundamentaba la consideración de maestros que a cada cual otorgaba tras su meditación de tantos años. Los que trabajaron y escribieron sobre Azorín han citado muchas de esas influencias, que son harto conocidas—por lo menos hay coincidencias en algunas de ellas—, pero su descripción y las consideraciones al respecto habrían de ser más iluminadoras.

* * *

No debo terminar este pequeño trabajo sin hacer mención de un dato referente a una enfermedad crónica que padecía Azorín; lo anuncié al comienzo. Sería—y es—un secreto profesional al que no debería dar publicidad, puesto que a través de toda su larga vida lo mantuvo en absoluta reserva. Tanta fue ésta que incluso a mí, que lo asistí tan directamente, como se deduce de lo ya relatado, no me lo refirió hasta un mes después de su infarto agudo y cuando estábamos solos. Tenía dada la orden de que no se contara a nadie, y ésta se cumplía a rajatabla. Ni el doctor M. Izquierdo se atrevió a hablarme de ello hasta que supo, por mí mismo, que Azorín y Marañón me lo habían contado.

Azorín padecía una importante anomalía intestinal, que le había hecho sufrir lo indecible material y moralmente y que sólo por limpia vergüenza se había negado a consultar, hasta que le vieron, aunque el recuerdo no es del todo seguro, conjuntamente o casi a medias, don Juan Madinaveitia y don Gregorio Marañón, ya siendo adulto. Se trataba de un megacolon congénito, con enorme dilatación y curvatura del asa sigmoidea, cuyos síntomas le amordazaban. Desde que le fue diag-

nosticado el padecimiento lo trataba con enemas diarios de hasta dos litros de agua; gracias a éstos podía realizar su función intestinal y eliminar grasas. La necesidad de estos enemas se hizo imperativa, y tan satisfecho estaba con los resultados que le daban que siempre rechazó las posibles intervenciones quirúrgicas. Vivió, pues, a costa de esa esclavitud. Pero las maniobras de tal terapéutica le producían tanta angustia como vergüenza. Y a ese proceso y al perfil psicossomático del mismo hay que achacar algunas de las extrañas actitudes sociales y políticas que en la vida adoptó. Recuerdo que cuando Marañón me lo refirió dijo esta frase definitiva: «Imagínense ustedes lo que sería para Azorín un encarcelamiento...»

Pues bien, ese tratamiento sólo lo interrumpió en la fase más aguda de su infarto. Como Azorín era un hombre de una pulcritud máxima, de una finura extremada y de una elegancia existencial acrisolada, realizaba esas normas terapéuticas con una limpieza incomparable y con la preocupación de que nadie detectara la más elemental sensación ambiental. La amargura que el megacolon le producía es una disculpa total para la ambigüedad de muchas determinaciones de su conducta política, que difícilmente cuadraban con su ideología liberal, con su indiferencia religiosa, con su pensamiento filosófico y con lo que expresó en sus escritos.

Todos tenemos conocimiento de tragedias ocultas que deformaron la apariencia vital de tantos grandes personajes de la historia. No viene a cuento poner ejemplos; el doctor L. Cortejoso (Valladolid) ha descrito muchos. Pienso que el caso de Azorín debe ser conocido; el recuerdo de su persona inspirará aún más respeto.

* * *

Al llegar una noche a su casa le encontré deprimido y como desorientado; permanecía silencioso y un poco reacio a hablar. Su mirada, que salía de las cuencas de sus huesos rosados, quedaba fija en una lejanía inconmensurable. Yo me desconcerté un tanto, no sabiendo a qué atenerme, hasta que momentos después me dijo inesperadamente: «Hoy han venido a pedirme una firma.» Esperé a que continuara, y con una sonrisa meliflua dijo: «Me la han requerido para pedir el Premio Nobel.» Entonces le interrumpí: «Ya era hora, don José.» Y con otra más leve contracción de los labios siguió pronunciándome el nombre de un poeta. Encabezando al grupo había ido el hijo de un gran maestro de la medicina, excelente amigo y cuidador de Azorín. «¿Qué hizo usted, don José?» Y con un gesto de tolerancia, de displicencia y de envidia-

ble comprensión de las pequeñeces humanas replicó simplemente: «Firmar.» ¿Qué iba a hacer?

Muchas veces he pensado que aquella mirada suya hacia lo lejos y la desorientación en que le encontré acaso traducían el repaso mental que hubiera estado haciendo de su pasado, de sus noventa años sin salirse de la más pura y alquitarada literatura... Cambiamos la conversación. Procuré distraerle con anécdotas de la picaresca política de aquellas fechas, de la corrupción general; pero cuando ya me marchaba creyendo que aquella petición del Nobel había desaparecido ya de su mente, me dijo al darme la mano: «Ya ve usted. A Unamuno no se lo dieron. No lo pidieron para él.» Aquella intempestiva visita, realmente triste, y más viéndola ahora con la perspectiva del tiempo, constituyó un asalto típico de los tiempos que se vivían y del denigrante clima intelectual que desde arriba era impuesto a los españoles.

* * *

Murió Azorín no mucho tiempo después de esa escena. Cierto que desde antes de su infarto estaba ya corporalmente muy envejecido, como era lógico a su edad. Pero aquel hombre, de cuyo ser habían ido fugándose de modo imperceptible y paulatino hacia el olvido fragmentos diversos de su larga existencia, debió revivir de golpe muchos de ellos, al hacer rápido balance de ésta con motivo de ese suceso. Tuve entonces y sigo teniendo la impresión de que a partir de ese día se fue hundiendo irreversiblemente. Empezó a ser un hombre senil en trance de muerte próxima. Pocas semanas antes de morir era ya físicamente un cadáver pensante y hablante, como si todavía mentalmente vivo se hubieran fundido las edades cronológica y biológica en una meta final. Hízose tan rotundamente visible su decrepitud, en *atria mortis*, que tenía la misma faz, el mismo gesto, la misma piel y el mismo color que presentó horas después de muerto. «¿Dónde—habría preguntado Azorín si se hubiera podido contemplar ya cadáver—están los límites entre la vida y la muerte?»

FRANCISCO VEGA DIAZ